

que, por un incendio, tuvieron que desalojarlo y aceptar el asilo que los canónigos de la Colegiata, ya secularizados, les ofrecieron en sus claustros. Poco les duró á los Mercenarios este albergue prestado, porque, cansados los canónigos de su hospedaje, un día, violentamente, los arrojaron de los claustros sin darles tiempo para buscar otro albergue. En tan crítica situación, los monjes Mercenarios apelaron á un recurso que no les salió muy malo. Ordenados en forma de procesión, salieron de aquel recinto claustral por la calle arriba de las Platerías en forma de rogativa, sin más insignia que la cruz, y entonando un salmo, á propósito para el caso, llegaron á uno de los barrios entonces más alegres de la población, donde una señora rica (cuyo nombre ignoramos) vió á los monjes subir así, desde una ventana de su palacio; extrañóle la forma en que iban, y bajando hasta ellos preguntóles la causa y el fin con que hacían aquello. Los monjes contestaron que iban á la ventura de Dios y donde éste les guiara, porque, violentamente, acababan de ser expulsados de los claustros. La señora les hizo entrar en su casa, y, una vez allí, ya no salieron más los Mercenarios. Ella buscó nueva habitación y á ellos les cedió para convento el palacio. Los Mercenarios mejoraron de repente su situación: al poco tiempo compraron una iglesia que había inmediata, titulada San Martín de Canales, á la sazón con muy pocos feligreses, y el párroco consintió en ceder su parroquia por una congrua conveniente y una silla en el coro de la Colegiata, á cuya parroquia se agregaron sus feligreses. No escarmentó el cura de Canales en los Mercenarios; al poco tiempo sucedióle lo mismo que á estos. Los canónigos, con razón ó sin ella, lo expulsaron del coro, con lo que perdió la silla y el curato.

Entre tanto los Mercenarios unieron la iglesia de Canales al palacio, por medio de un arco suntuoso de sillería, cerrando la calle que había entre medio. Pero esta calle era una travesía que ponía en comunicación aquel barrio con el centro de la población, y los monjes fueron obligados por la ciudad á respetar

esta servidumbre, teniendo abiertas las dos puertas que resultaban en las entradas del arco, desde el amanecer hasta las diez de la noche.

Posteriormente el convento y la iglesia recibieron tal ensanche, que casi se reedificaron por completo. Esta última se construyó de nueva planta, quedando únicamente la portada primitiva y muro que enlazaba con el arco de paso, á partir de lo cual se continuó la obra en todas direcciones hasta resultar una iglesia espaciosa en que el arco de comunicación con el convento vino á servir de entrada principal, cuando por fin y al cabo la ciudad consintió en que se cerrara aquel paso. Entonces ya los monjes colocaron en el fondo del arco una portada churigueresca, y tapiando la puerta primitiva quedó toda la calle, hasta el convento, incluida en la iglesia. Desmantelado como todos y abandonado muchos años después de la exclaustación de los monjes, establecióse en él, por la Diputación provincial, el asilo para los pobres viejos y los niños expósitos (1850), atendiendo á su conservación y reparación con todo esmero; mas el 9 de Abril de 1888 ocurrió una espantosa catástrofe que pudo haber ocasionado víctimas sin cuento.

La víspera, era el día en que las hermanas de la caridad dedicadas al servicio y al cuidado de los pobres asilados, renovaban sus votos, y con este motivo celebraron una función religiosa. Yo que había llegado ya al punto de redactar esta parte de mi historia, acudí casualmente con el fin de visitar una vez más el ex-convento, para informarme bien de sus bellezas, por si acaso tenía que rectificar en mis apuntes algún error. Los acordes del órgano y melodiosos cantos de los niños expósitos, parecidos á esos coros celestiales que nos pintan los poetas, resonaban en las bóvedas cuando yo entraba en el templo; las hermanas de la caridad, los pobres acogidos y gran número de personas devotas, se veían esparcidas por la anchurosa nave y las capillas; y un sacerdote en el altar oficiando la misa, llegaba casualmente al momento supremo de alzar á ver á Dios. Doblé mis rodillas,

é incliné mi cabeza, como todos, en señal de profunda adoración al Sacramento; pero fijo en la idea que me llevaba allí, vinieron á mi memoria mil recuerdos, y excitada mi fantasía con aquel espectáculo, se me representaron delante, como si los estuviera viendo, los Mercenarios expulsados de los claustros de la Colegiata, el Cura de Canales, que cediera su iglesia, la señora piadosa que les diera su casa, las solteras de San Lázaro, los niños de la Doctrina, el comendador Gabriel Téllez y los cautivos de Argel. Acabada la misa, cesaron los acordes y los cantos, desfilaron los concurrentes, retiráronse las hermanas de la caridad y el sacerdote, y me quedé solo en el templo. La hermana directora, noticiosa de que yo al poco rato iba y venía de un punto á otro de la iglesia, escudriñándolo todo, volvió luego hasta mí y al reconocermé me dijo: «Pensaba que era usted el arquitecto que de un momento á otro ha de venir á disponer lo necesario para el apeo de la nave»; y señalóme un pilar en que se notaba una pequeña grieta. «Bien hacéis, sor Josefa, dije yo, en cuidar de que este desperfecto del pilar se repare cuanto antes, pues sería una lástima que tan valiente ojiva, como es esta central que estriba en él, viniera al suelo»; y sin más razonar sobre el asunto, continué mi inspección y sor Josefa me guardó la atención de acompañarme, dándome muchas noticias y detalles que recogía yo con avidez. En el altar de una capilla lateral contemplamos la preciosa escultura de San Pedro Nolasco, cuya cabeza me aseguraba sor Josefa que era obra de un mérito notable, por lo que había oído á personas inteligentes en la estatuaria; la urna en que se hallaba colocado era un pequeño resto del retablo mayor, encontrado en un rincón al instalar el asilo, y recordábamos que por setenta pesetas se vendió á unos franceses, quienes lo hicieron astillas para aprovechar únicamente la gruesa capa de oro, despreciando la parte escultural y de tallado que valía mucho más; dirigimos con interés la vista á la humilde escultura de San Lázaro y al pequeño retablo dorado que la contenía, recogidos por sor Josefa cuando aquel hospital, ya de-

clarado finca del Estado se abandonó, mientras llegaba el día de la venta, á la incuria de los administradores de bienes nacionales; lamentamos el gusto raro de blanquear con cal aquellas bóvedas, en otro tiempo cubiertas con preciosos frescos de los que aún se veían restos en el cascarón de la capilla mayor para ignominia del blanqueador, y por último admiramos el camarín de Nuestra Señora de la Merced, construído y pintado, al mismo tiempo que las bóvedas de la iglesia, por disposición del célebre comendador Fray Gabriel Téllez, por otro nombre Tirso de Molina. Su forma era la de una pequeña cúpula elíptica, realmente montada en la techumbre, pero figurada no más en las paredes planas. Las cornisas y columnas que aparentaban sostener esta cúpula, los ángeles graciosamente colocados con el escapulario, los grillos, las cadenas y otros emblemas de la orden, un cuadro de la gloria con una multitud de preciosas figuras; una puerta imitando á la de entrada al camarín para hacer más simetría y un monje en su confesonario, esperando al penitente tras de la celosía, todo estaba pintado con tanta perfección en el dibujo, con tanta delicadeza en las líneas, con tanta naturalidad y viveza de colorido, y con tal gradación en las sombras, que figuras, cornisas y columnas parecían esculpidas en relieve. Por no distraer más de sus ocupaciones á la hermana directora, la pedí su permiso para retirarme de allí, no sin darle palabra de volver otro día á copiar por mí mismo aquellos frescos á la fotografía, y despedíme dándole las gracias por la fina atención de acompañarme. Á la mañana siguiente, un poco más temprano, acabada la misa, que se anticipó para que los arquitectos procedieran inmediatamente con los operarios al apeo de la nave, sin dar tiempo ni aun á arrimar los materiales necesarios, la nave toda en un momento vino al suelo; y lo que el día de antes había sido un santuario no de gran mérito pero sí de belleza y recuerdos, el día 9 de Abril de 1888 era un montón de escombros.

Afortunadamente se salvaron la escultura de San Pedro Nolasco y el Camarín de Nuestra Señora, joyas de inestimable mé-

rito, sobre todo esta última, por ser como hemos dicho, el único recuerdo que en Soria se conserva del famoso poeta dramático Tirso (1).

Colegio de Jesuitas.—Por derribo de la iglesia de San Miguel de Montenegro, abandonada como tantas de las primitivas, resultó la plaza actual de Teatinos, denominada así por el Colegio de la Compañía de Jesús que en ella había, instituto muy parecido al de los monjes de Teati. D. Fernando de Padilla, canónigo prior, hijo de Soria, lo fundó con el objeto de que se establecieran las enseñanzas de Latín y de Retórica, á las que más tarde se agregó una cátedra de Teología Moral, y completaron la obra otras personas ricas, principalmente D.^a Juana y D.^a María de Mendoza, hijas de D. Juan de Torres de Mendoza, de la orden de Santiago, y D.^a Juana de Toledo, quienes dejaron para ello todo cuanto tenían.

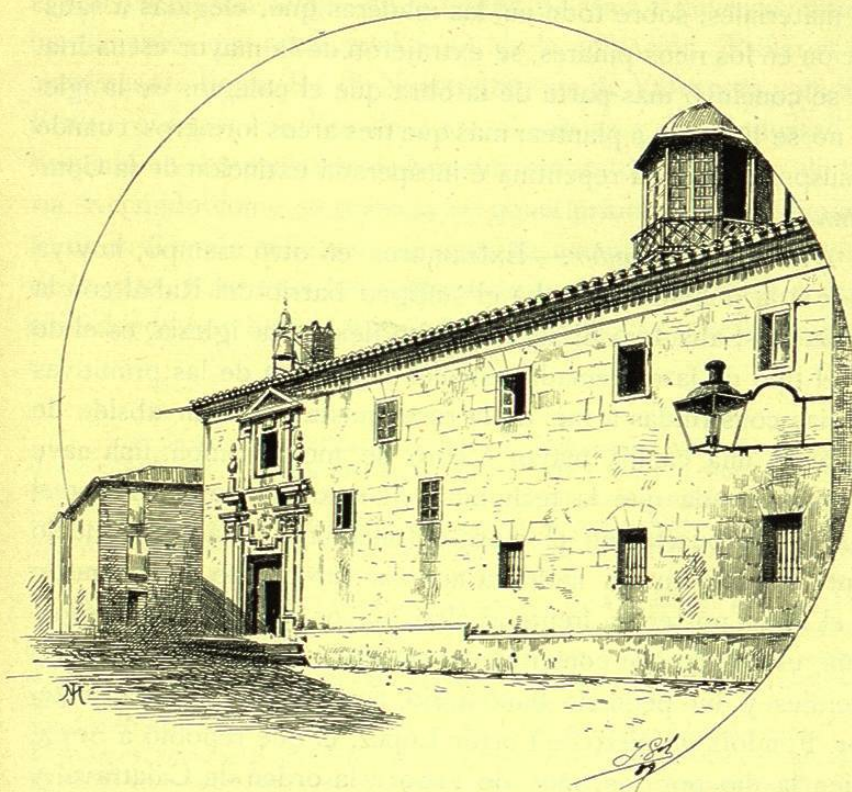
La primitiva obra, á juzgar por los restos que hoy se ven, era grandiosa pero no de tanto lujo como después, cuando reducido á cenizas casi todo por un voraz incendio, se emprendió su reedificación (2). Sucedió esto el año de 1740, cuando la Compañía estaba en el período de su mayor prosperidad y tenía ar-

(1) La Excm. Diputación acordó inmediatamente la reedificación, y hoy se encuentran ya casi terminadas las obras y dispuesta la iglesia para abrirse de nuevo al culto.

(2) En 29 de Abril de 1740 (se dice en un acuerdo del Ayuntamiento) se dió parte de que el día 22 del mismo mes ocurrió el impensado contratiempo de la quema del colegio y de la iglesia de la Compañía de Jesús, de esta ciudad, con la pérdida considerable de cuanto adornaba el culto de dicha iglesia, sin haberse podido salvar de ella ni aun el Santísimo Sacramento, causando gran sentimiento en los vecinos; toda la fábrica se redujo á cenizas, á excepción de las aulas de Gramática y Filosofía y parte de la portería contigua á ellas. El fuego amenazaba pasar á las casas vecinas, pero pudo atajarse. Pasado este momento, la ciudad mandó emisarios á visitar al P. Cipriano de Alba, rector de dicho colegio, que con otros se acogió en San Francisco, y le manifestaron el sentimiento de la ciudad. Provisionalmente se les ofrecieron unas casas de morada, propias del marqués del Vadillo, vecino de la ciudad, frente á las que habitaba por la proximidad á San Juan de Rabanera. Pedida al marqués, éste la cedió y aun ofreció la que habitaba si era necesario.

En su virtud se acordó traer de Vitoria hachas y picachones en número de doce para cuando ocurriera otro incendio: tal era aún el atraso en esta materia.

quitectos propios para la construcción y reparación de sus obras. Éstos adoptaron un plano general y un estilo que fué el del barroquismo, un poco descargado de los profusos adornos, al que se sujetaron en general los arquitectos, por manera que todas



SORIA. — INSTITUTO PROVINCIAL

las construcciones de esta orden son parecidas; el macizo sencillo de mampostería ó de piedra sillar y la pilastra bien aislada é independiente ó figurada por pequeños resaltes en el muro, el arco de medio punto, la bóveda por arista en los techos y el dintel en las puertas y ventanas, la escalera de un tramo central y dos laterales, alternativamente de un piso á otro piso y la exornación plateresca en las puertas principales; estos son los

caracteres distintivos de las construcciones de los jesuitas y los que se notan en el Colegio de Soria. La solidez es otra de las condiciones que tuvieron muy en cuenta los arquitectos de la Compañía; bien es verdad que en Soria dispusieron, por la generosidad de la Ciudad y de los pueblos de la Tierra, de los mejores materiales, sobre todo en las maderas que, elegidas á satisfacción en los ricos pinares, se extrajeron de la mayor escuadría. No se concluyó más parte de la obra que el colegio; de la iglesia no se llegaron á plantear más que tres arcos formeros, cuando se suspendió por la repentina é inesperada extinción de la Compañía.

Iglesia del Salvador.—Extramuros en otro tiempo, hoy ya unido á la población, estaba el antiguo barrio del Rabal con la iglesia del Salvador. Si algún mérito tiene esta iglesia, es el de ser el tipo de la extremada sencillez y pobreza de las primitivas iglesias construídas á raíz de la reconquista; con un ábside de cascarón, una capilla mayor ó coro de medio cañón, una nave sin más bóveda que la techumbre de madera que constituye el tejado, dos puertas en el muro del mediodía de arco de medio punto sin columna ni moldura ninguna, un ojo de buey sencillo en el muro posterior, frente al altar mayor, y una torre de espadaña, esto es lo que constituye el santuario fuera de dos capillas laterales y un pequeño bautisterio, agregados en época posterior. Fundóla un nieto de Fortún López, el que repobló á Soria, quien la dió por los años de 1169 á la orden de Calatrava, y así continuó en poder de estos caballeros, con el título de encomienda, hasta el año 1322, desde cuya fecha no se habla más de ella en las historias de la orden (1). Por esto no figura en el censo parroquial de Alfonso el Sabio, pues entonces no era iglesia dependiente de los obispos; pero desde esta época se cree que se erigió en iglesia parroquial por cesión de la Orden, trasladándose á ella la primitiva de Nuestra Señora de la Puente,

(1) LOPERRÁEZ, t. II, pág. 132.

que se abandonó como otras muchas por el reducido número de sus feligreses, ó por la necesidad de la reducción y concentración de parroquias (1).

Convento de San Francisco.—Junto á los jardines y paseos públicos, en otro tiempo barrio de San Andrés, se encuentran el convento y las ruinas de la iglesia de San Francisco, último monumento que aparece al S. O. de la población. Refieren los cronistas de Soria, los de Nuestra Señora de Valvanera y de San Benito, que por los años de 1214 el patriarca san Francisco se hospedó en el monasterio de Nuestra Señora del Mercado de Soria. Recibido como se merecía en aquel priorato, al día siguiente de su llegada salió muy de mañana, acompañado de un monje de la casa, á recorrer los ámbitos de la población, y llegando al sitio donde hoy está el hospital de Santa Isabel y el monasterio

(1) Rica en bienes y fundaciones útiles ó piadosas fué esta iglesia; porque desde el principio, el barrio del Rabal estuvo bien poblado y contó por lo tanto con muchos feligreses. En tiempo inmemorial establecióse en ella la cofradía de los Florines, llamada así porque todo cofrade al morir dejaba cinco florines de oro, con obligación de que la Hermandad le hiciera un aniversario de misa y vísperas por su alma en un día determinado.

Esta cofradía era á la vez una especie de banco, pues se dice de ella que el día de año nuevo celebraban junta general, en la que cada uno manifestaba los florines que tenía en depósito de la Hermandad, y éstos se volvían á imponer dándolos á quien los quería tomar. Los tenedores de florines de la sociedad se obligaban entre todos mancomunadamente á costear, en calidad de intereses por este préstamo indirecto, la fiesta y aniversario el día de los difuntos con una caridad.

Además, como solía suceder con todas las Hermandades, tenían de los reyes extraños privilegios, entre los cuales uno era el de que no se pudiera vender fuera de su atrio el pescado frito: privilegio que, como todos, quedó abolido con el tiempo; pero tal es en los pueblos la fuerza de la costumbre, que aún hoy día se conserva en una de las dependencias de la iglesia, en las inmediaciones del atrio, una hostería, resto tradicional de las costumbres de los antiguos tiempos.

Una familia rica dejó para la iglesia sus casas contiguas con el fin de que en ellas se estableciera el hospital de peregrinos y convalecientes, que aún subsiste en lo que hoy son pisos bajos de la habitación del sacristán. En este local se albergan por una y hasta por tres noches, los pobres transeuntes, facilitándoseles un jergón para descansar y leña en el invierno para calentarse: por esto se llama hospital de peregrinos. En su origen ocupaba con el de convalecientes todo el local inmediato, que hoy son graneros en posesión aún de la Diputación provincial, que se incautó de ellos cuando se hizo cargo de los bienes todos y fundaciones piadosas de beneficencia análogas, en cambio de su compromiso y obligación por la ley de sostener el hospital provincial.

de su nombre, que era un campo llano, sin hablar más palabra fué tomando algunas piedras y puso, á cierta distancia unos de otros, cinco pequeños montones. Preguntóle su acompañante con qué fin hacía aquello, á lo cual contestó el santo: «Comienzo como puedo la casa del Señor, otros vendrán después y la continuarán». Así fué en efecto; al poco tiempo las personas más ricas y principales de la población, excitadas sin duda por las súplicas del santo, dieron principio á la obra que se debió llevar á cabo en muy poco tiempo, porque á los 7 años después de la muerte del santo ya estaban establecidos los monjes y se celebraba en él el segundo concilio provincial de la orden. En el año 1618 un incendio lo destruyó por completo, pero inmediatamente se reedificó por la devoción generosa de los caballeros y vecinos sorianos, lo que explica el que en ella tuvieran sus enterramientos y capillas, algunas de alabastro, las familias de los Veras, los Mariscales de Castilla, los Barnuevos, los Morales y Zapatas, cuyos descendientes hoy marqueses de la Vilueña conservan aún su tribuna propia. Dícese también que en este convento fué enterrado el rey de Nápoles, Infante de Mallorca D. Jaime, que murió haciendo guerra al rey de Aragón y á quien dió honrosa sepultura el rey D. Juan I.

En la guerra de la Independencia española, el guerrillero Durán ordenó, como en otro lugar queda dicho, el incendio de este convento, pero afortunadamente las llamas sólo destruyeron la capilla mayor y crucero de la iglesia, quedando intacto lo demás y el convento. Concluída la guerra, los monjes intentaron la reedificación, comenzando por la construcción de los claustros que, ó no existían ó habían venido al suelo; pero la revolución no les dió tiempo para más y la iglesia se quedó en tal estado, en el cual se conserva con ligeras alteraciones por la suerte de haberse instalado en ella el hospital provincial. Grandiosa era la iglesia, á juzgar por lo que de ella queda, y espacioso el convento, con todas las comodidades y medios de recreo compatibles con la austeridad monacal. La primera afectaba en su

planta la forma de gran basílica, con tres ábsides poligonales de tres lados, de los cuales el del centro era la capilla mayor y los de los costados servían de capillas laterales, ó quizá exclusivamente de enterramientos. Al ábside del medio correspondía la gran nave central, la mitad de la cual constituye hoy una iglesia espaciosa, y á los dos laterales cuatro capillas, continuadas á cada lado, las que formaban el crucero. Las bóvedas variaban por lo que se ve en algunos arranques que quedan en las ruinas: en algunas capillas eran perfectamente ojivales, con multitud de venas ó nervios, y en la nave central de cuatro tímpanos, determinados por los cuatro arcos formeros y los dos aristones diagonales, todos de medio punto. La cornisa es sencilla, pero las columnas en que ésta y los arcos perpiaños se apoyan, no carecen de originalidad; todas están embebidas hasta la mitad del fuste en pilastras cuadradas, y á su vez las pilastras, hasta su mitad también, en el muro; el coro, cosa extraña, está aislado, apoyado en las cuatro pilastras de la anteúltima bóveda, semejando un pasadizo ó puente.

Sobre el muro del N., en la mitad de su instancia, á contar desde el muro posterior del poniente hasta el crucero, había otra capilla y convento independientes, adosados al anterior, dedicados á los monjes de la orden tercera, que, según los estatutos, no podían asistir con los demás á los oficios divinos.

De los claustros, renovados en este siglo, no queda más que un lado, sobre el cual se ha construído una sala para los enfermos; sus arcos son de medio punto, apoyados en sencillas pilastras rectangulares cuadradas, con un cornisamento sencillo por capitel y otro por basa. El convento, espacioso y de sólida construcción, está rodeado de una cerca inmensa, en medio de la cual hay una fuente de la que corre el agua á un estanque profundo y de gran superficie, en el que los frailes criaban la pesca en abundancia. Sin duda que de todos los conventos que había en Soria, éste fué el que llegó á alcanzar un estado más floreciente.